DOMINGO B. CASTILLO

LA TRAGEDIA SEPTEMBRINA DE 1828

GUAYAQUIL

PAPELERIA E IMPRENTA «CULTURA»

LUQUE 227

1928

RC

F2235.3
.C38

DOMINGO B. CASTILLO

LA TRAGEDIA SEPTEMBRINA DE 1828

GUAYAQUIL

PAPELERIA E IMPRENTA «CULTURA»

LUQUE 227

1928

Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/latragediaseptem00cast

LA TRAGEDIA

SEPTEMBRINA DE 1828

Bolívar le había fijado diez años de vida al pacto de unión promulgado en Angostura, y ratificado en Cúcuta en 1821. En septiembre de 1828, faltaban dieciseis meses para que la Constitución entrara en el período de las enmiendas o reformas, y veinticuatro para que Bolívar terminara su carrera.

Colombia, empero, había realizado ya el objeto esencial de su creación; la consigna de su ejército estaba cumplida: era libre, y sus fronteras llegaban por el sur hasta los actuales límites meridionales del Ecuador.

También había libertado otros pueblos, y con justo orgullo podía considerar sus glorias como sólida fundación del noble edificio levantado con el esfuerzo propio y como floración precoz, pero bellísima, de la unidad espiritual de la nueva nacionalidad.

Junín y Ayacucho eran obra suya, y el más alto exponente del generoso heroísmo emancipador de sus hijos. Los Riva--Agüero, los Torretagle, los Portocarrero y sus innumerables congéneres, estaban para siempre proscritos, con el poder colonial, del hogar del alto y bajo Perú, constituido con las victorias de Colombia, en el último baluarte de los Virreyes de España en el nuevo mundo.

Colombia, en suma, era ya nación reconocida por los principales poderes del orbe. Los godos, los verdaderos adversarios del nuevo régimen, habían desaparecido del inmenso territorio redimido por ella desde el Orinoco hasta el Potosí. En cambio, la aplicación de la politica interna, la consolidación de la República, era aún problema sin solución: en lugar de los godos aparecían por donde quiera, centuplicados, los enemigos del Padre de la Patria, a quienes era menester dejar solos, según expresión del mismo Libertador.

Tal era en 1828 la situación del Estado constituído en 1819, desde el punto de vista de las ventajas que podía aprovechar, y desde el punto de vista de las disensiones que minaban su existencia.

Todo lo creado por la República hasta esa época, podía subsistir muy bien, dentro de la unidad nacional armonizando las diferentes peculiaridades resultantes de las diferencias del medio físico. El habitante de la montaña, del llano, de la costa y de los valles, podía prosperar, sin duda, con el esfuerzo fecundo, y con el cambio y con la distribución de la riqueza: pero el ideal de los antibolivianos de Venezuela y Nueva Granada no era la civilización y la cultura bajo un régimen común, sino el reparto del territorio, inmenso botín de

guerra, para que los nuevos poseedores gozaran de su parte como mayores de edad.

Desde 1820 y 21, los anti-bolivianos consideraron de hecho, el pacto de Angostura, como mera alianza ofensiva y defensiva contra el poder colonial, sin concederle mayores alcances. Desde ese entonces, pues, empezó a formarse el ambiente hostil a la Gran Colombia y a su finalidad político-social, bajo múltiples formas, igualmente dañinas, de fatales consecuencias inmediatas y remotas.

El elogio prodigado constantemente a Bolivar, con justicia, pero no siempre con lealtad, llega hasta la deificación del héroe, despierta emulaciones y estimula el personalismo para que perdure. Así aparecen los bolivianos, los santanderistas, los paecistas y los partidarios de los dioses menores; más, con semejante desviación de la conciencia pública, se pone en discusión la personalidad de Bolívar, y más que todo, la importancia de su obra.

Desde ese instante Bolívar no es prestigio único entre sus conciudadanos, sino hijo del éxito, y la suerte de Colombia queda sujeta a la consagración de su autoridad, que no cuenta con la absoluta sumisión de todos sus tenientes.

Santander, que desde muy temprano se había mostrado poco adicto a la política boliviana, dijo en 1820 con fineza bizantina, en tono de elogio, que Colombia era "la hija única de Bolívar". La loa al héroe que termina con esa frase y se resume en ella, establece con admirable tacto y gran sagacidad, distinción muy precisa entre la voluntad de Bolívar convertida en ley por su partido, y la voluntad de los que se sometían a esa ley por tiempo determinado. Para 1828 el término de espera estaba vencido, y el botín común, lo ha arrebatado a España en batallas campales, debía repartirse

creando nuevos derechos de propiedad, y poniéndole término a la tutela del Padre de la Patria.

El sentido crítico del citado elogio, decía también a cuantos quisieran verlo y entenderlo, que la Gran Colombia, como "la hija única de Bolívar", carecía de alma nacional. Ese elemento, empero, debía salir del humo de los combates, santificado por la sangre de medio millón de colombianos. La naciente nacionalidad y el ideal de la nueva vida, se colocarían así por encima de las distinciones escolásticas de Santander.

Para Bolívar, terminada la lucha con los españoles, su creación debía ser realidad indiscutible, con la égida de su gloria, a despecho de todos los que pretendieran parangonarse con él. Esa era una idea dominante. Sabía lo que había hecho y lo que era capaz de hacer: había coordinado la acción de los patriotas, les había dado la victoria, y se sentía con alientos para darle cima a proyectos que la generalidad juzgaba irrealizables. Por de pronto, la nacionalidad tenía alma y vida: el alma estaba en la Constitución y la vida en el ejército; eso era bastante. Lo demás estaba en él, que según Larrazabal, habría sido capaz de espiritualizar el mundo con sus gestos apolíneos. Lo malo era, que sin cooperación eficaz, Hércules mismo no habría podido echar por tierra el edificio secular de la colonia, y levantar al mismo tiempo sobre sus ruinas un templo de oro, para todos los redimidos con su esfuerzo.

En 1820, cuando Santander le hacía reparos a la estirpe del nuevo Estado, incensando a Bolívar, Colombia no era más que una declaración de derechos, con posibilidad de convertirse en hogar propio, porque el tremendo golpe asestado en España al absolutismo, por la revolución de Riego,

le restaba numerosos enemigos a la libertad de hispano-América. La República era entonces un campamento. Por el norte tenía a Morillo con un ejército respetable, y por el sur tenía a Aymerich con otro igualmente fuerte; no obstante, había escrito ya la primera página de su derecho internacional con el armisticio de Santa Ana y con la regularización de la guerra a muerte.

Bolívar conocía bien los escollos del mar en que navegaba, y sabía que por el momento, el pacto de Angostura no era más que una disciplina necesaria para alcanzar la finalidad que perseguía; en consecuencia, organizaba ejércitos y preparaba la victoria, considerando como detalle insignificante que la política interna se le mostrara adversa y sañuda.

La batalla de Carabobo pudo muy bien haberle dado salud y fuerza a la República, pero la división tripartita del Gobierno de Venezuela entre Páez, Bermúdez y Mariño, para satisfacerles el haber de sus lanzas, puso el norte en manos inadecuadas para el gobierno de derecho y conmovió profundamente los cimientos del edificio nacional. Esa organización política incitó al santanderismo a fomentar una oposición audaz y virulenta contra la unión, sin tener en cuenta que Bolívar no debía detenerse a corregir hombres y cosas, cuando lo previo y esencial era completar a Colombia por el sur. Semejante crítica y la causa que la inspiró determinaron tendencias anárquicas, ante las cuales la patria grande perdió su significación, y quedó borrada del mapa hasta como esperanza remota. En 1823 la oposición pidió inconsultamente la reforma constitucional, y dió el primer paso en el camino de la disolución.

En tales condiciones, los esfuerzos de Bolívar

están de antemano condenados al fracaso; no obstante, él los lleva adelante consciente de ese posible resultado adverso, para que el día de la desintegración, venezolanos, granadinos y ecuatorianos se repartan lo que no habrían podido obtener jamás, si Páez, Bermúdez y Mariño se hubieran insubordinado, después de la batalla de Carabobo, para tomar por la fuerza lo que les negaba la política.

Lo que Bolívar necesitaba en situación tan aguda, era evitar conflictos en el norte, mediante arreglos que podían encontrar remedio después con un poder más expedito. Lo inmediato e inaplazable era iniciar la campaña del sur, donde el ejército libertador tenía que habérselas con españoles en Bomboná, Píchincha, Junín y Ayacucho para completar la libertad de la América meridional.

Con la revolución, el alma colonial se torna audaz, violenta e indomable, tal como la modela la tendencia exterminadora de la guerra a muerte, y se forma una lógica pasional devoradora. Esos elementos psicológicos de la raza naciente, convierten la patria en pedestal e imponen el precitado gobierno tripartita de Venezuela, cuyas consecuencias se desarrollaron libremente, porque la vida de Bolívar fue corta. Mas, lo que importa mucho hacer resaltar aquí, es que con los sucesos de referencia, quedaron dos bombas con mecha encendida, una en Venezuela y otra en Nueva Granada, para destruír el gran hogar colombiano, junto con su fundador, en un porvenir cercano.

Bolívar, investido siempre después de Boyacá, de la primera Magistratura de la República, ejerce el poder civil sólo por muy breves intervalos, y consagra toda la fuerza de su autoridad a la labor militar, que lo absorbe hasta 1830 y lo agota, para

que expire en Santa Marta, con el amargo convencimiento de haber arado en el mar.

Desde 1822, la Administración Pública queda en manos del gobierno de Bogotá, mientras Bolívar guerrea por el sur, primero para completar a Nueva Granada con Panamà e incorporar el Ecuador a la Gran Colombia, y después para asegurar el fruto de sus victorias con la libertad del Perú.

Cuatro años estuvo ausente Bolívar de la sede del gobierno nacional, y durante esa ausencia gloriosa para él y altamente honrosa para Colombia, los encargados de los negocios públicos practican política de aislamiento y de estancación económica. El Vice-presidente de la República, encargado del poder, in pectore quiere ser ya desde entonces musulmán para salir de Bolívar, y se abstiene de actuar con acierto y actividad para que el país prospere y afirme sus instituciones.

Virtualmente, la Repüblica queda entregada a su propia suerte La comunicación del gobierno central con los departamentos es tardía, ora porque el despacho de los negocios es lento, ora porque los caminos son malos, pero no se dictan providencias para que la administración sea eficaz, impartiendo órdenes oportunamente y abriendo buenas vías de comunicación. La riqueza nacional es tesoro sin valor positivo, sin que se provea nada para su explotación y aprovechamiento, porque el gobierno a duras penas crea medios para cubrir un presupuesto exigüo; y el pueblo reclama preparación técnica para la nueva vida, sin que se dé el menor paso para preparar la democracia del trabajo. El vino nuevo entra en los viejos odres, y el concepto de la vida emancipada encuentra su expresión genuina en el feudalismo criollo, blasonado con las asperezas de

caudillaje montaraz y con los humos de nobleza de la colonia extinta. Y mientras la opinión pùblica, desviada de los grandes intereses del panamericanismo hispano, se engolfa en discusiones pueriles, estériles, pero emponzoñadas, que convierten la patria en una lobera, los hombres superiores zarandean a Bolívar a su antojo, y lo hacen dictador y lo quieren rey, confesando así su insuficiencia para coordinar y dirigir, dentro de las dilatadas fronteras de la República, la democracia constituida por el ejército libertador.

Se propalan entonces ideas absurdas y se consuman actos repugnantes para el alma de Bolívar, con el malévolo fin de hacerlo aparecer como ambicioso vulgar. Y para colmo de miserias, mientras el ejército colombiano sostiene hidalgamente el honor de sus banderas en el Perú, halaga más a los enemigos de Bolívar el secreto deseo de que fracase y desaparezca, que la esperanza de que triunfe y afirme con sus victorias la libertad del continente y la seguridad de Venezuela, Nueva Granada y Ecuador.

En esos días que debieron ser de cordura, de abnegación y de sacrificio común, fue cuando la deslealtad, la inconsecuencia y el odio empezaron a ser armas de buena ley para destruir la unión, a sabiendas de que con semejante cruzada se paralizaba el desarrollo de la vida libre y sana, que era menester aclimatar en el suelo colombiano.

Dos ambiciones, fraternal e idealista la una, y regresiva y bárbara la otra, se disputarán en breve la dirección de los asuntos públicos. La primera tiene programa de ideas y programa de acción perfectamente definidos, y lleva el lábaro americano de veinte años de proezas; la segunda proclama el federalismo, la desintegración de Colombia, cual-

quier cosa que elimine a Bolívar y deje sobre el pavés el caudillaje en las colonias emancipadas.

Santander y Páez se odian cordialmente, inyectan en el alma de sus aláteres el veneno de sus pasiones, y pretenden que sus querellas se conviertan en cuestión de Estado entre venezolanos y granadinos. Este odio se explota contra la obra de la revolución y contra Bolívar con saña inmisericorde.

Mientras Bolívar hace la campaña del Perú, Páez se da a buscar pretextos para hacer política propia y apoderarse de Venezuela, y Santander juzga llegado el momento de cambiar la naveta y el incienso con que mareaba a Bolívar, por la tea del convencional de Ocaña. Y cuando la deslealtad toma de esta suerte sus últimas y definitivas posiciones para romper las hostilidades en 1828, Bolívar se despide del Perú sin que Colombia saque ni un grano de arena del suelo de Manco-Cápac.

Llega a Guayaquil en Septiembre de 1826 y se indigna al enterarse del modo como le han hecho dictador, sin su consentimiento para destruir a Colombia. Declara vigente la Constitución de Cúcuta, ofrece un bosque de olivos a los colombianos para que a su sombra se restablezca la concordia y la paz, y vuela a Venezuela a convertir a Páez en servidor de la República. El primero de Enero de 1827 expide un decreto de amnistía en Puerto Cabello y Páez se somete a su autoridad.

Bolívar le dió entonces al vuelo de su política colores tan exagerados que aún a sus mejores amigos les produjo mala impresión tanta hipérbole. Comprende, sinembargo, que el exceso de retórica puede hacerlo aparecer como mendigo de favores, y fijo en que su nobleza no se confunda con esa debilidad, aprovecha el primer momento que le viene

a mano para expresar con altivez el concepto que tiene de sí mismo. Para que Páez sepa a que atenerse con sus ínfulas de mando, reprende a Escuté en su presencia, diciéndole: "Aquí no hay más poder que el mío. Yo soy como el sol entre mis tenientes, que si brillan es por la luz que yo les presto".

En esta explosión de enojo, resalta más el acento punitivo que la jactancia personal. Bolívar tiene siempre la delicadeza y distinción que convierten sus proclamas en verdaderos poemas. El puso siempre en cuanto hizo el sentido aristocrático de su espiritualidad eximia, y como lo ha observado Rodó, supo siempre ser grande, tanto en la gloria como en la adversidad Su cólera debía tener también las proporciones de su alma de titán.

Necesitaba establecer un precedente claro, haciendo comprender que tenía títulos muy legítimos para merecer la consideración de sus conciudadanos; necesitaba hacer comprender que con su constancia y sus desvelos se había hecho patria, y más que todo, necesitaba hacer ver, que sí su generosidad era excesiva, la inspiraba el deseo de salvar a Colombia sin suprimir la libertad, sin levantar patíbulos y sin convertirse en tirano.

En el estado en que se hallaba la política, Bolívar tenía dos caminos igualmente escabrosos para llegar a sus fines: asumir la dictatura e imponer por la fuerza el ideal colombiano llegando hasta la tiranía, o satisfacer todas las aspiraciones y halagar todas las inteligencias poniéndolas al servicio de su causa. Lo primero le era altamente repugnante y odioso porque menguaba su gloria máxima tiñéndola con sangre; lo segundo cuadraba más a su humanismo realmente superior y a sus firmes deseos de establecer un gobierno fuer-

te, respetuoso de la ley; en consecuencia, tomó a empeño hacerse interpretar en este sentido y se esforzó en probar que sus ambiciones tenían esa nobleza. Los anti-bolivianos, empero, seguían rumbos muy distintos: rechazaban la unión porque refrenaba sus ambiciones, y se sentían mal con la política vigente, porque sostenía una autoridad demasiado fuerte para ellos. Bolívar representaba la conservación de la Gran Colombia, a todo trance, mediante la unidad espiritual y política de la nueva raza. Ese era un obstáculo terrible para sus enemigos, ante el cual surgieron dos cuestiones como punto inicial de la campaña demoledora: la guerra civil para desintegrar a Colombia, o el exterminio de Bolívar para desintegrarla sin guerra.

En casi todas las guerras civiles que refiere la historia, el objetivo de ellas ha sido salir de un tirano y dignificar la nación. En el caso a que nos contraemos, el deseo dominante era salir de un gobernante probo, empeñado en conservar la unidad nacional, y destruir la nación, porque conservarla era tiranía. Este es un caso raro de patología mental colectiva, tratándose de una misma raza por el origen y por la cultura común, lo mismo que por el común esfuerzo para conseguir la Independencia. Las razones que se aducen para justificar la destrucción de la obra del Libertador, no tienen peso. Los que estaban acostumbrados al gobierno de extraños y a recibir órdenes de España cada seis meses, no podían disgustarse porque los gobernaran sus compañeros de causa, ni debían impacientarse porque la comunicación del gobierno central con los departamentos fuera tardía, puesto que en sus manos estaba remediar ese mal con solo quererlo.

Páez no transigía con el pacto de unión, pero juró defender a Colombia con la espada de Bolívar. Ese juramento que quebrantaría en breve sin el menor escrúpulo, causó pésima impresión en Bogotá, tanto porque dejó al semidios de las pampas investido de alta autoridad, como porque esa autoridad quedó al servicio de la causa adversa al separatismo Para los demoledores granadinos, Páez era instrumento y aliado de sus designios. La actitud que asumió en Caracas, frente al Libertador, contrarió esos designios y desató el encono que inspiraban la unión y los bolivianos.

Santander tomó la ocasión por los cabellos para combatir sin ambages el régimen unitario. Celebró con las muchedumbres alborotadas por sus secuaces, la insubordinación del ejercito colombiano en el Perú, y se puso así, en traje de campaña, al frente de sus huestes Y ya en ese camino, en breve presidirá en Zapaquirá brindis públicos, en los cuales se dirá "que es preciso, no solo derribar al tirano sino matarlo". Bolívar salió para Nueva Granada dejando el norte aparentemente tranquilo, cuando el santanderismo tenía ya desplegadas sus banderas de combate. De esta suerte, dejó un laberinto para caer en otro.

En cuenta de los manejos del santanderismo, pero firmemente resuelto a garantizar la libre discusión de los asuntos públicos, lo deja ejercer todas sus actividades, sin cobrarle ofensas. Evita que el santanderismo lo despoje del mando militar y haga irrisoria su autoridad de primer Magistrado y mantiene el orden sin ejercer represalias. En esta actitud espera en Bucaramanga la disolución de la Convención de Ocaña y la anulación de la Carta Fundamental de 1821, y consumado ese escándalo, declara que en Colombia ya todo

es malo y todo es peor. Todo es malo porque la anarquía se yergue amenazadora en momentos en que Guayaquil se declara independiente y La Mar invade el territorio nacional con la pretensión de extender su conquista hasta Juanambú; todo es malo porque en Venezuela y en Nueva Granada hay rebeldes en armas, y porque los españoles preparan expediciones en las Antillas para la reconquista. Y todo es peor, porque con lo acaecido en Ocaña el edificio nacional pierde su fundación y la autoridad suprema queda como bandera desteñida.

Motivos de orden público y de seguridad nacional, más que el propósito de perpetuar la unión, determinaron una corriente de opinión favorable a la dictadura, que Bolívar acepta limitándola a lo estrictamente preciso para restablecer el orden y rechazar la invasión de La Mar.

Entonces la conspiración afila el puñal y busca el momento propicio para clavarlo en el pecho del Padre de la Patria. De los hombres de acción del santanderismo se seleccionan espontáneamente los más audaces y menos escrupulosos, y unos trazan el plan del crimen y se encargan de su ejecución, y otros combinan el alzamiento para darle carácter político al asesinato.

Asi se fraguó en la oscuridad la tragedia de la noche del 25 de Setiembre de 1828. Santander fue condenado a muerte "como aconsejador y auxiliador de la conspiración, porque resultó probado que tuvo conocimiento de ella, que la aprobó y dió consejos y opiniones y quiso que tuviera efecto después de su salida de Colombia"—Bolívar le conmutó la pena de muerte en la de extrañamiento de la República, y con ese acto de generosidad dejó al santanderismo en el purgatorio, purificándose de sus pecados.

El atentado de la noche septembrina es conocido; describirlo no es del caso. Lo que si viene a cuento es el móvil que lo inspiró, visible en la actuación del santanderismo en Zapaquirá.

Bolívar fué Presidente de la República durante 10 años por imposición de las circunstancias y por mayoría de sufragios, pero en el largo período de su mando, actuó siempre con sujeción a la ley y evitó escrupulosamente todo procedimiento tiránico. Por tirano era a todas luces injusto que le atacaran; y por cargo tan malévolamente formulado, no debía merecer el odio de sus enemigos ni que trataran de exterminarlo sin conmiseración.

Sus grandes errores fueron los que Montalvo atribuye a los hombres superiores "el vicio del filósofo, el vicio del poeta, el vicio del sabio, el vicio del apóstol, el vicio del patriota, el vicio del civilizador, del propagador de ideas y del campeón de la libertad"; y su falta mayor fué personificar a Colombia y ser el nervio y el alma de ella. Su tiranía está en todos esos nobles vicios, y su pecado imperdonable fue haberle dado todo su sér a Colombia para que subsistiera, y haber creído que con su autoridad podìa realizar el milagro de perpetuarla para bien de todos. Esa fue su constante ambición, muy bella y muy digna de su alma. Sus enemigos, como lo observa Restrepo", no perdian ocasión ni medio, por reprobado que fuera, para destruir su reputación y enagenarle el afecto de los pueblos, que tan justamente había ganado por sus eminentes servicios a la patria", y procedían así, porque la Gran Colombia era la causa de la tiranía y la tiranía misma, y porque Bolívar era Colombia.

Los separatistas habían hecho imposible la

existencia de la patria, combatiéndola sin tregua ni descanso con armas de mala ley: la habían anarquizado. Terminada la guerra con España debían destruirla; pero los medios elegidos para alcanzar ese fin eran a todas luces rastreros y miserables; Bolívar no era acreedor al furor del pueblo ni a desaparecer como Marat.

El móvil del atentado septembrino tal como lo revelan los hechos, fué darle muerte a Colombia en la persona del Libertador, evitar la guerra civil, y constituir los nuevos Estados, sin correr el riesgo de fracasar, puesto que la mayoría del país no era paecista ni santanderista. El golpe hirió de muerte a Colombia y moralmente acabó con su protector.

Bolívar salva la vida y le evita con ello un baldón eterno al santanderismo, pero su carrera queda terminada. Colombia no puede ser ya en adelante bella creación del genio protegida por la ley, sino hija del rigor, gobernada con mano férrea; y semejante gobierno no es para él, que jamás convino en convertir la autoridad en instrumento de fuerza; él quería la fuerza para defender el derecho y quería la autoridad sometida a la ley y la justicia.

¿Por qué sigue Bolívar al frente del Gobierno después que quedó la República sin Constitución, y después del atentado septembrino, a sabiendas de que el santanderismo y el paecismo están resueltos a dividir el país sin pararse en medios?

El hombre que ha meditado hondamente sobre lo que debe esperar de sus enemigos en Venezuela y en Nueva Granada, y que no quiere ser tirano para domeñarlos, ¿por qué sigue en el poder?

El hombre que sale del barranco de San Agustín con el vivo recuerdo del terremoto que ha destruído todas las bellezas de su alma; que sabe que

elementos vengativos han desarreglado todas las cosas y destruído su hogar querido, y que tiene la convicción de que todo está sepultado para siempre bajo las ruinas de inmenso desastre, ¿por qué insiste en desafiar la tormenta?

Para unos fué un error esa insistencia, y para otros fue deber ineludible. Para Bolívar fue sencillamente resolución inviolable de sacrificarse por el ideal de su vida. Colocado después de los sucesos de Ocaña en el extremo de dejar sacrificar el país o de salvarlo a su costa, opta por lo último.

Su ambición de patriota no se limitó nunca a ganar batallas solamente: era más amplia. Su constante anhelo era levantar en el campo de sus glorias un monumento digno de la civilización, con la unidad espiritual de sus conciudadanos, sintetizada en la Gran Colombia. Debía alcanzar esa finalidad o perecer vencido por sus enemigos; declararse vencido era indigno de su entereza y del alto puesto en que le habían colocado sus merecimientos.

Con esa mentalidad acepta la dictadura de 1828 y parte para el sur con dos fines: pacificar a Pasto, donde Obando se había hecho dueño del suelo y señor de sus habitantes, y terminar la guerra, con el Perú, iniciada por La Mar, mediante un tratado que delimitara, una vez por todas, las fronteras de los nuevos Estados, de conformidad con el derecho internacional dictado por ellos, como poseedores de hecho.

Obando se somete a la autoridad nacional por medio de la persuación y Bolívar sigue a Quito, donde Sucre le ofrece con lealtad fraternal los trofeos de Portete. Este acto abre la herida de la noche septembrina, conmueve la honda sensibilidad del Libertador y le ahoga la palabra en la gar-

ganta. ¿Quedó entonces Sucre tácitamente designado para futuro presidente de la República, encargado de perpetuar la obra de la revolución y de defender el partido colombiano? Esta interrogación no tiene respuesta categórica, pero por inducción se puede decir, que las contradicciones de Bolívar, respecto a la división del país, eran fruto del secreto designio de trabajar por la candidatura del Gran Mariscal de Ayacucho.

De Guayaquil le escribió Bolívar a Vergara, en Julio de 1829, comunicándole su vieja opinión, muy meditada por tanto, como sigue: "No pudiendo yo continuar por mucho tiempo a la cabeza del gobierno, luego que yo falte, el país se dividirá en medio de la guerra civil y de los desórdenes más espantosos. Para impedir daños tan terribles que necesariamente deben suceder antes de 10 años, es preferible dividir el país con legalidad, en paz y buena armonía". Estaba entonces Córdova en abierta rebelión contra el poder dictatorial, al cual le había dado su voto en 1828, y esa actitud de uno de los grandes generales de la revolución y las ideas que invocaba para apoyarla, debieron ser, sin duda, de muy mal augurio para la conservación de la Gran Colombia.

Bolívar regresó a Bogotá a inaugurar el Congreso del año 30, y a pesar de la precitada declaración sobre pacífica división de la República, acepta que el Congreso expida una Constitución centralista. Se despoja del poder el 20 de Enero diciéndole a los colombianos: "Hoy he dejado de mandaros. Veinte años ha que os sirvo en calidad de soldado y magistrado. En este largo período hemos conquistado la patria, libertado tres repúblicas, conjurado muchas guerras civiles, y cuatro veces he devuelto al pueblo su omnipotencia reuniendo

espontáneamente cuatro congresos constituyentes. A vuestras virtudes, valor y patriotismo se deben estos servicios; a mi la gloria de haberlos dirigido. El Congreso constituyente que en este dia se ha instalado, se halla encargado por la Providencia de dar a la nación las instituciones que ella desea. Temiendo que se me considere como un obstáculo para asentar la República sobre la verdadera base de su felicidad, yo mismo me he precipitado de la alta magistratura a que vuestra bondad me había elevado".

El Gran Mariscal de Ayacucho presidió esa Legislatura, y su actuación en ella lo destaca como posible sucesor de Bolívar y como el continuador de su obra. Desde ese instante las ideas de la noche septembrina renacen en la mente de los demoledores y se condensan en la siguiente advertencia de EL DEMOCRATA: "Puede ser que Obando haga con Sucre lo que no hicimos con Bolívar".

Páez no acepta la constitución de Bogotá, o por mejor decir, se opone a la continuación de la Gran Colombia, y emplea contra ella la espada, que según sus propias declaraciones del año 27, no sería en sus manos sino la espada del Libertador para defender la patria.

La situación era grave. Páez estaba ya en actitud resueltamente rebelde con el voto de un aréopago que proscribe al Padre de la Patria del censo venezolano La República, empero, estaba en buenas condiciones para defenderse del paecismo, del satanderismo y de todos los conspiradores, aun que carecía de presidente constitucional.

La cuestión de elegir presidente y pacificar el país la resolvería el partido unionista. Lo que es Bolívar estaba ya separado del poder convencido de que le faltaban fuerzas para reconstruir a Co-

lombia pero abrigaba la esperanza de que el país se salvara. Tal vez inspiraba esa esperanza el deseo de que el presidente del Congreso del año 30 fuera su sucesor con el voto de sus amigos.

La posibilidad de que Sucre fuera sucesor de Bolívar, que no podía ser un misterio para los demoledores, puesto que se trataba de la segunda personalidad de la revolución, determinó el asesinato de Berruecos, que en suma, reproduce por iguales motivos, el atentado del 25 de septiembre de 1828.

Retirado Bolívar del poder para siempre, eliminado Sucre del cuadro de los vivos, y apoderado Páez de Venezuela para constituirla en estado independiente, los días de la Gran Colombia están contados: vivirá el tiempo que tarde el Libertador en llegar a Santa Marta, y los breves instantes que emplée allí en despedirse del mundo perdonando a sus enemigos.

Bolívar se dirigió a la costa para salir del país en calidad de simple ciudadano. En ese viaje, el último que haría en tierra colombiana, los pueblos le tributaron los homenajes de respeto y admiración a que era acreedor. ¿Mitigarían algo esas demostraciones de afecto el dolor que debió causarle el modo como lo trataba el paecismo para desintegrar la nación? Alguna satisfacción ha debido experimentar en esas horas de amargura con la devoción de los pueblos a su persona, con la actitud del Ecuador, que le ofreció hogar y cariño, y con el reconocimiento de Bolivia, que le ofreció su representación en Europa; y más que todo, mucho debió levantar su decaido espíritu ver que casi todos los pueblos de la República se pronunciaban contra Páez y el santanderismo, pidiéndole con urgencia que volviera sobre sus pasos y sal-

vara a Colombia. Entonces quiere que los médicos le salven la vida, que lo pongan en condiciones de realizar sus grandes pensamientos; pero ya es tarde. Colombia tiene que desaparecer con el que la creó y la salvó mientras tuvo vida.

En el cerro de Popa recibió la infausta nueva del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho y exclamó: "Santo Dios! Se ha derramado la sangre de Abel", y después dijo en carta escrita al General Flores: "Yo no sé qué causa haya podido dar este General para que atentasen contra su vida".

Esa carta, la última que el Libertador le escribió al General Flores, debe pasar un día por el crisol de la crítica a la verdad. Es necesario rastrear en sus relaciones el grado de compenetración que existía entre Bolívar, Flores y la víctima de Berruecos, sin perder de vista que Flores no era prestigio nacional, capaz de disputarle al Gran Mariscal de Ayacucho la presidencia de la República, y teniendo en cuenta que como partidario de Bolívar, con Sucre en el poder, su posición en el Ecuador era inconmovible, con amplias perspectivas en la política nacional. Ante esta aceptable deducción inspirada por el contenido de la citada carta, ¿no ha habido injusticia en darle participación a Flores en el crimen de Berruecos, sin presentar pruebas inequívocas, meridianas, de la parte que se le atribuye en ese crimen, perpetrado, precisamente cuando Bolivar lo considera leal amigo y teme que traten de eliminarlo también?

¿Que causas había dado Sucre para que lo asesinaran? Las mismas que dió el Libertador para que atentaran contra su vida en la noche septembrina. Presidió el Congreso de Bogotá, defendió la Constitución unitaria de la República y tenía sobrados títulos para ser el sucesor del Padre de la Patria.

La historia enlaza esos hechos por la finalidad que persiguen, importa poco saber detalles de pesquisas, precisar el nombre de los guapos o matones que dispararon contra la ilustre victima. A Sucre lo mató la Gran Colombia por decreto inexorable de los demoledores, y Colombia murió con Bolívar. Ese era su destino.

La historia recoge estos nombres: Colombia! Bolívar! Sucre! y la posteridad los inmortaliza porque llevan consigo lo que no muere, el principio hereditario de la vida sana, fuerte, noble y elevada, o en otros términos, el ideal humano que domeña las pasiones, embellece el espíritu y engendra la cultura.

Los pueblos que tuvieron esa espléndida trinidad histórica, con cuya égida no quiso el pasado preparar la acción social del porvenir, pueden encontrar en ella cuanto reclama el panamericanismo hispano para germinar y florecer: el espíritu de nuestros grandes progenitores, el espíritu que es menester asimilar devotamente para que tenga alguna significación, en la vida y en el arte, el culto que se les tributa.